

Ana Iris Álvarez Núñez
Anecdótico
(*El Día* [Chile], 27-1-1989)

Blasco Ibáñez (1867-1928). Tenía mucha facilidad de palabra y sus conferencias y discursos eran recibidos con entusiasmo. Dio una serie de conferencias en tierras de América. Después de una de ellas, le pareció ver, entre el público, un rostro conocido, pero que no había visto desde hacía muchos años. Se le acercó, vio que, en efecto, era él y le gritó:

—¡Hombre!, pero ¿no te maté?

—Pues parece que no, gracias a Dios —respondió el afectado.

Un corto diálogo que chocó a los pocos que lo escucharon. Y el caso es que Blasco Ibáñez había estado años atrás en Patagonia, había tenido negocios allí y aquel hombre había trabajado a sus órdenes. Discutieron un día violentamente y el otro había sacado la pistola. Pero Blasco Ibáñez se le anticipó y disparó primero. Y lo había dejado, creyéndolo muerto. Pero el otro se había recuperado, pasaron 10 años y... allí estaba, dispuesto a estrechar la mano y dar un abrazo a su antiguo enemigo.

Era un lector empedernido. Leía cuatro horas cada día, todo lo que caía en sus manos. Tenía muy buena memoria y se acordaba de muchas cosas de las que había leído. Era capaz de todo cuanto le rodeaba. Un amigo le decía:

—¿Y de qué te sirve leer tanto?

—De mucho.

Blasco Ibáñez le contó entonces que, por cosas políticas, le desterraron una vez a un pueblo de mala muerte y no le dejaron llevar casi nada. Se enteró de que allí había una biblioteca, en una vivienda que era de la viuda de un militar, la visitó, le pidió permiso para leer algunas de aquellas obras. Las leyó todas, aunque solo trataban temas militares. Tiempo después, cuando la guerra europea, asistió en Francia a una comida con generales franceses. Y les asombró a todos por sus muchos conocimientos de estrategia y arte militar.

—¿Y qué ganaste con sorprenderlos? —le preguntó el amigo.

—Que me invitaran otras varias veces.

En unas Novelas Literarias, leemos que Blasco Ibáñez, a pesar de ganar mucho dinero, era muy avaro. Una vez, un escritor joven y pobre fue a visitarle, le expuso su situación y le pidió ayuda económica. Le dio un billete de mil pesetas. Después, el muchacho le pidió una carta de recomendación y entonces le dijo:

—No tengo inconveniente; pero mil pesetas y la carta, no; o las mil pesetas o la carta y solo quinientas pesetas.

El joven escogió la segunda solución. Tuvo un momento de mucha popularidad y algunas de sus obras fueron llevadas a la pantalla, entre ellas *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. En uno de sus viajes a América, había embarcado ya para regresar a España cuando subió al barco una señora y le pidió que le pusiera una dedicatoria en un libro. En América Latina existían ediciones piratas, que se hacían sin autorización del autor y, desde luego, sin pagarle los derechos, como también obras que nunca había escrito el autor y que se publicaba con su nombre. Y el libro que le ofrecía la señora era uno de estos, por lo que le dijo:

—Este libro no lo he escrito yo.

La señora quedó desilusionada, exclamando:

—¡Vaya!... Con lo que me ha costado llegar hasta aquí y que no me sirva de nada.

—No se preocupe, se lo firmaré igual —la consoló.

Y lo firmó, con esta dedicatoria: «En homenaje de amistad, ocasionalmente demostrada, a la señora tal y tal. Dedico este libro, que no he escrito yo».